

RECENSIÓN: Tobias Leenaert, Hacia un futuro vegano: Un enfoque pragmático, Plaza y Valdés Editores, Colección LiberÁnima, 1ª Edición, 2018, 236 pp.*

IKER AVELLANAL ECHEZARRETA¹

Palabras clave: Veganismo, Ética, Animal, Pragmatismo, Planeta

Keywords: Veganism, Ethics, Pragmatism, Animal, Planet

La presente monografía para reseñar, cuya autoría pertenece al pensador belga y activista vegano Tobias Leenaert, bosqueja una serie de recomendaciones a la hora de divulgar acerca del “veganismo” para facilitarlo a la mayor cantidad de personas posible. Por lo que propone redefinir el veganismo, alejándose de la idea fija y estricta del mismo –que acostumbra a poseer tradicionalmente–, para dilucidar un concepto mucho más permeable, flexible, abierto y, sobre todo, accesible para todo el mundo. De esta manera, se sirve de toda una serie de estrategias comunicativas –escucha activa, adaptación a la audiencia...–, psicológicas –disociación cognitiva, teoría de la autopercepción, razonamiento motivado, efecto del falso consenso...– y filosóficas –citando a autores como: RUSSELL, POPPER o SARTRE...–, que configuran la amalgama del pragmatismo” que el autor defiende arduamente, en confrontación con el dogmatismo o idealismo imperante hasta ahora en el veganismo, lo cual constituye lo que precisamente intenta deconstruir.

Estructuralmente, la obra está vertebrada en seis capítulos mediante los que trata de realizar un recorrido sobre los principales argumentos del movimiento vegano, y de la lucha en favor de los derechos animales, para reconducir aquellos con mayor potencial persuasivo. Bajo la tentativa de posicionarse en un punto intermedio, casi aristotélico, entre las dos posturas polarizadas en el debate en torno al veganismo –como son las de: “abolicionismo” y “bienestarismo”–, termina abogando por el “reducetarianismo”. Dado que –bajo el respaldo de numerosos testimonios de magnates comerciales de la industria de productos vegetales o plantbased–, arguye que una gran masa de “flexitarianos”, es decir, personas que reducen el consumo de productos de origen animal y de servicios de explotación animal, será más

* Fecha de recepción: 24/07/2024 – Fecha de aceptación: 31/07/2025. *Cita recomendada:* AVELLANAL ECHEZARRETA, I. (2025). Recensión: Tobias Leenaert, Hacia un futuro vegano: Un enfoque pragmático, Plaza y Valdés Editores, Colección LiberÁnima, 1ª Edición, 2018, 236 pp., *Bioderecho.es* (21), 1-4. <https://doi.org/10.6018/bioderecho.673171>

¹ Graduado en Filosofía, becario Santander- UMU, Instituto Universitario de Investigación en Bioderecho, Universidad de Murcia. Correo: i.avellanalechezarreta@um.es



beneficiosa para los animales y para el planeta que un reducido número de veganos, debido al impacto comercial que tiene la ley de la oferta y la demanda en el mercado capitalista. Actualmente, el número de personas que declaran ser completamente veganas se posiciona en torno a un irrisorio e insignificante uno por ciento de la población mundial. Una cifra que, aunque sea necesaria por la presión social ejercida, no es suficiente por su escasa magnitud.

Por lo tanto, caracteriza al veganismo como un largo camino que ilustra mediante la metáfora de “Villavegana” (pp. 26-28). Esta la describe como una ciudad en lo alto de una montaña, a la que para llegar a vivir en ella hay que pasar por una serie de procesos y obstáculos que serán más livianos y llevaderos cuanto mejor cuidadas estén las infraestructuras que permiten el trayecto hacia ella. Pero su percepción de “Villavegana” no es el de un lugar idílico cuya travesía es solo de ida con un destino final y feliz. Sino el de un sitio cosmopolita y variopinto, con sus luces y sombras, tolerante con todos sus ciudadanos indistintamente del lugar que ocupen en el espectro gradual del veganismo, quienes no son seres perfectos –como si de los liberados de la caverna platónica se tratase–, sino simplemente individuos encaminados a ayudar a que el mundo mejore paulatinamente en el más amplio de los sentidos. Porque el veganismo, a pesar de su fuerte base ética, a juicio del autor, aglutina múltiples facetas vitales adicionales, como la medioambiental o la sanitaria, que también pueden consistir en motivaciones personales válidas para que alguien elija vivir o vacacionar en “Villavegana”, o lo más cerca posible de ella. Como apunta Peter SINGER en el prólogo parafraseando a LEENAERT: “El motivo principal por el que la gente cambia no es tan importante, la preocupación por los animales es secundaria” (p. 19).

Lo cierto es que, en consonancia con esta línea, su pragmatismo se fundamenta en una escala de grises, sin necesidad de decantarse ni por el blanco más opaco ni por el negro más intenso, sino por la tonalidad de gris, más clara u oscura, según la elección personal de cada uno. Por ende, aunque en el ideario colectivo vegano siempre subyazca la utópica idea de la liberación animal, en un mundo “antiespecista”, hay que ser consciente de las limitaciones mundanas e inmanentes que dificultan lograr dicha meta trascendental. En efecto, las personas veganas deben procurar que sus argumentos, así como su imagen, sean lo más cercanos y “normales” posible, escapando de la estigmatización y del sectarismo en el que a menudo se suele situar al veganismo prejuzgándolo. Para invitar a la gente a adoptar este estilo de vida, adaptándolo a su contexto personal de necesidades y comodidades, los argumentos culpabilizadores de responsabilizar a todo el mundo no vegano por las atrocidades cometidas por las industrias animales son innecesarios e incluso contraproducentes. El veganismo no puede permitirse el lujoso privilegio de hacerse más enemigos de los que ya tiene –los “steakholders” que denomina el autor (p. 21), que vendría a caracterizar los lobbies de las industrias de explotación animal–.

Para culminar, el intelectual belga empuja hacia la eliminación de la alteridad, casi levinasiana, vegano/no-vegano, como si de una otredad se tratase. Es decir, el veganismo no debe dicotomizar entre nosotros –los veganos–, y ellos –los no veganos–, porque el objetivo a largo plazo es que, en mayor o menor medida, todos estemos incluidos en la categoría “vegano”.

II. Comentario crítico

Tras esta completa, aunque sucinta, reseña del libro en cuestión, hemos de apuntar un par de notas complementarias fruto de la reflexión crítico-filosófica personal.

De entrada, es preciso señalar una serie de aciertos y virtudes de la obra que le suman valor. En primer lugar, haber contado con el prólogo de Peter Singer, uno de los máximos intelectuales del movimiento vegano y antiespecista por excelencia, le proporciona

una rigurosidad sin igual. En segundo lugar, haber construido el libro como si de un manual para activistas y veganos se tratase, concentrando su audiencia en dicho colectivo concreto y, simultáneamente, poder haberlo convertido en un best seller, es una óptima capacidad que el autor ha conseguido proyectar. Y, en tercer lugar, Leenaert también ha logrado adelantarse y refutar de antemano a prácticamente toda crítica que se le pueda hacer desde el movimiento vegano, especialmente el que aboga por los derechos animales, tildándole de: bienestarismo, capitalización del movimiento, falso veganismo...

Es conveniente comentar que la caracterización del pragmatismo que abandera el autor, en términos filosóficos podríamos vincularla con la “ética de mínimos” en confrontación con el idealismo o dogmatismo –que pretende advertir del veganismo– correspondiéndose con la “ética de máximos”. En sociedades pluralistas como las nuestras, es decir, con numerosos tipos de creencias y doctrinas distintas –y en ocasiones hasta contrarias entre sí– orientadas a enjuiciar y encaminar los comportamientos vitales del público al que se dirige, es necesario tener una vara de medir de los reclamos que se realizan desde movimientos sociales como el veganismo, distinguiendo entre “cuestiones de justicia, exigibles moralmente a todos los ciudadanos” de otro tipo de cuestiones más utópicas focalizadas en “encontrar la felicidad”. En otras palabras, éticamente la obra trata de buscar un consenso ciudadano entre lo mínimo exigible dentro del veganismo, soslayándose de las aspiraciones personales y colectivas más inalcanzables a priori de los veganos y activistas. Ello no quiere decir que la ética de mínimos rastreada sea inamovible; el veganismo debe tener la constante motivación de ir agrandando la ética de mínimos a la vez que achica la de máximos, conforme se vaya concienciando a la sociedad de su necesidad y urgencia. Ambas pueden, e incluso deben, convivir; así como una debe nutrirse de la otra. Por ilustrarlo con un ejemplo del libro, la ética de mínimos exigible por parte del veganismo podría consistir en reducir los productos de origen animal; mientras que la de máximos sería eliminarlos.

Sin embargo, también hay una serie de puntos que, si no son del todo deficientes, sí podrían mejorarse, ya no solo en el caso del discurso del pensador aquí concerniente, sino en relación a la narrativa, en general, que justifica y promueve el veganismo. Por lo que, cabe especificar que las críticas que pueden señalarse no menoscaban la ineludible calidad de la monografía que es palmariamente excelente, fundamentalmente porque no son críticas a la obra ni a su escritor, sino al propio discurso que se asume del movimiento.

En primer lugar, es menester que dicha doctrina teórico-práctica empiece a desplazar la noción de “alternativa” por la de “sucesor”, lo cual es significativo al manifestar el universo simbólico al que apela. Si el veganismo busca potencialmente sustituir el modelo hegemónico-dominante de: alimentación, moda, entretenimiento, etc., por industrias libres de animales, las que antes eran alternativas con las que convivir, ahora paulatinamente son sucesores con la pretensión de reemplazar dicho modo de vida tradicional por uno más consciente, empático, compasivo y sostenible, tanto para el planeta como para todos los individuos que lo habitamos.

En segundo lugar, si bien el pragmatismo es una propuesta interesante, hay que ser precavido para no incurrir en la banalización del concepto de veganismo como si fuese el cajón de sastre del “todo vale”, que es la sensación que transmite el escrito, aunque estoy convencido de que no era el deseo de su autor. Quizá fuese más conveniente denominar “vegetarianismo” al conjunto de las dietas que reducen el consumo y utilización de productos y servicios de explotación animal, como una etiqueta que engloba el proceso hacia el veganismo, no en el sentido de una meta, sino más bien el comienzo de un camino de deconstrucción personal aun mayor, si cabe. Pero banalizar el veganismo al etiquetar así a todo aquél que quiera contribuir al bienestar y/o la liberación animal, asimismo de a sus beneficios planetarios y

sanitarios, lo único que hace, bajo mi parecer, es diluirlo, facilitando una visión y perspectiva conformista del mismo. Por supuesto que los ovolactovegetarianos, flexitarianos, pescetarianos..., son necesarios para el veganismo, pero no creo que deban representar el núcleo principal del mismo por muy buenos resultados económicos que pueda acarrear. No todo es oferta y demanda, ni mercado o comercio, ni mucho menos capitalismo, y aunque para cambiar el sistema haya que insertarse en él, tampoco considero que sea positivo que nos conformemos con ello. En otras palabras, hemos de escapar de la doble ingenuidad, tanto de la anti-capitalista propia de buena parte del movimiento vegano, como de la pro-capitalista propia de otra parte del veganismo, generadora de una especie de “animalwashing” o “veganwashing” –la forma análoga al conocido “greenwashing”, pero en este caso enfocado en los estragos que causa al veganismo y a los animales–. En definitiva, se debe evitar el exceso de utilitarismo que parece desprender el libro con las estrategias descritas, lo cual no parece llevar al movimiento vegano a buen puerto.

Para concluir como la obra y el tema abordado merecen, hemos de reconocer la indiscutible (re)evolución paradigmática que supone el veganismo en nuestras sociedades contemporáneas. No obstante, antropológicamente, hay culturas que tienen el vegetarianismo como la norma y no como la disidencia. Esto rompe con el relato de las “tres N”, según el cual alimentarse de animales es: natural, necesario y normal. Lo es en Occidente, y afortunadamente cada vez en menor medida, pero no en el resto del orbe, por mucho que nos creamos el centro del mundo. Al igual que en otras luchas sociales por la justicia en distintos ámbitos, tarde o temprano debía llegar la revolución de conciencias al siglo XXI –en cuanto a la cuestión animal y planetaria se refiere–, despertando nuestra intrínseca e idiosincrásica empatía y compasión, cuyo desarrollo ha de ser paralelo al (de)crecimiento civilizacional en el que nos encontramos inmersos.